

CONVERSANDO CON NOHLEN

Raúl ÁVILA ORTIZ

Comienzo con tres confesiones: me declaro muy honrado por la amistad de Dieter; me suscribo como su alumno, aun sin haber tomado un curso escolarizado con él; y me asumo aprendiz permanente de sus teorías y aplicaciones prácticas en la vida cotidiana y no sólo en la vida profesional, académica o política. Tengo, Dieter, un grave compromiso contigo.

Seguro que recuerdas que te conocí en un lugar tan común como simbólico para el intercambio y la comparación internacional: el aeropuerto de la ciudad de México, hace ya una década. Allí, esperando tu equipaje luego de un viaje prolongado, con un pie sobre el filo de la banda que lo traería hasta nosotros, con el calor propio del verano, me dictaste una conferencia particular, desde luego provocada por mis preguntas insistentes sobre el método que guían tus investigaciones y, en particular, las semejanzas y diferencias entre esa perspectiva científica y el enfoque a la Giovanni Sartori.

Obviaré cualquier referencia a contenidos. Me interesa, más bien, acreditar tu generosidad intelectual, tu tolerancia, puesto que no me conocías de antes, y has sido desde entonces tan sensible para explicarme con largueza y rigor algunos tópicos que no me ha sido fácil entender.

En los años subsecuentes, que se extienden hasta 2007, habría de continuar con mi nuevo amigo esa clase de conversaciones.

Sea en un auto con rumbo al Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, sea en el Instituto Federal Electoral, en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, ya en el vestíbulo de un hotel o un restaurante, o bien, en la ciudad de México, Acapulco, Tlaxcala o Oaxaca, los diálogos contigo, Dieter, se han dado siempre con la plácida intensidad y profunda concentración que la mente y el espíritu del profesor exento de soberbia sabe provocar en sus alumnos.

Recuerdo tres momentos especiales en esos tránsitos. La presentación en el Tribunal Federal Electoral, de la mano de Jesús Orozco, de tu libro de

1999: *Sistema de gobierno, sistema electoral y sistema de partidos. Opciones institucionales a la luz del enfoque histórico-empírico*, “la trilogía”, momento en que fue posible trascender la conversación privada para convertirla en diálogo público que permitiera experimentar en qué medida iba comprendiendo las lecciones del amigo y prestigiado catedrático de la Universidad de Heidelberg. Otro, la presentación de tu obra de 2003: *El contexto hace la diferencia. Reformas institucionales y el enfoque histórico-empírico*, en el propio Tribunal, cuando la discusión sobre la relevancia de las condiciones histórico empíricas en el análisis institucional y la consultoría política práctica cobraba más interés, sobre todo luego de la alternancia, en el tiempo de la reforma del Estado que no llegó y el impacto del ambiente sociopolítico que se veía venir sobre las instituciones electorales, en aquel año. Uno más, en 2004, en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, durante un diplomado sobre consolidación democrática, cuando, apoyado en un simple rotafolio, nos explicaste paso a paso las innovaciones recientes que habías introducido al enfoque histórico-empírico, referidas a la circularidad e interactividad interna y externa de la trilogía respecto al contexto. En todas estas ocasiones, pero en particular en esta última, en que al fin aprecié tu naturaleza profesional esencial, la de profesor, pude constatar que la grandeza de la sencillez pertenece al genio.

De allí a viajar y conversar por los caminos del sur de México, donde con frecuencia el institucionalismo contextualizado convive con diversas formas de contextualismo semiinstitucionalizado, y se juega buena parte del futuro del país, sólo fue cuestión de tiempo.

De los tres viajes emprendidos por Nohlen a estas tierras, el primero fue en 2004. Dieter, acompañado por su querida y gentil esposa, Andrea, disertó en el tribunal electoral oaxaqueño en torno a nuestros temas favoritos: instituciones y justicia electoral. Pero, mejor aún, recuerdo aquella mañana en Monte Albán, cuando un guía no convencional, que parecía estarnos esperando desde hacía mucho tiempo, de nombre Rolando, nacido en un pueblo cercano, nos develó interpretaciones heterodoxas de piedras, espacios, tiempos y movimientos divinos y terrenos hasta provocar un diálogo creativo que sólo pudo detener la extenuación. El Tule y Mitla ya no serían lo mismo después de aquel trance anímico e intelectual. Tan sólo un discreto mezcal nocturno en el Asador Vasco (restaurante atípico de nombre no oaxaqueño), seguido de una cena exenta de chapulines, cuya degustación le debes al pueblo de Oaxaca, Dieter —pero te comprendemos, te compren-

demos, gran amigo—, pudo traernos de nuevo a la realidad inmediata en cuyo contexto político se estaba decidiendo, precisamente por el tribunal electoral local, otorgar registro al primer partido indígena de México: el Partido Unidad Popular, que jugaría un papel crucial en la diferencia del resultado electoral ese mismo año en las elecciones para renovar la gubernatura.

Pero tengo aún más presente, querido Dieter, el viaje académico de octubre de 2006, después que las instituciones electorales, por tanto tiempo maduras, se cimbraran ante la agresividad del contexto y cuya resistencia, en tus palabras, rindió testimonio a su diseño virtuoso, con todo y sus debilidades, las cuales, más tarde, en 2007, serían corregidas.

En la Universidad Autónoma de Tlaxcala, pequeña pero pujante, el doctor Nohlen ofreció una conferencia, como debían serlo todas, poco extensa y muy bien ordenada, asequible hasta transmitir concepto y método a los menos conocedores de las premisas del institucionalismo contextualizado. Breve, dado que la discusión y el diálogo no pueden esperar mucho si han de retroalimentar el conocimiento que jamás descansa. Ordenada, pues de otra forma no se predica con el ejemplo y el descuido abona la confusión.

De allí hasta la “Sierra Juárez”, a la Universidad de Ixtlán y al pueblo mágico de Capulalpam de Méndez (en honor de Miguel Méndez, profesor de Benito Juárez).

Durante el trayecto, Dieter, recordarás que nos detuvimos justo en lo más alto de la Sierra Mixteca, en un mirador natural, para embelesarnos con el horizonte y lamentar la pobreza, mientras continuábamos la charla —acompañados, desde luego, de Andrea— sobre la falibilidad institucional, hasta antes de ser interrumpidos por un anciano campesino. Éste, quien emergió en forma repentina e inesperada desde la ladera del abismo que se perdía a nuestros pies, quemado por el sol y el frío, luego del saludo se sumó a la conversación explicando que creía que el hombre debía dedicarse a construir, como lo hacía él mismo —poniéndose de ejemplo— en aquella ladera abrupta para honrar su naturaleza. Construir —reiteró— porque —señalando al norte con su dedo índice, y refiriéndose a las grandes ciudades sabiendo que de allí procedíamos— hay quienes se dedican sólo a destruir, lo cual, agregó, es mucho más fácil y rápido —como ocurre con las instituciones, diría Dieter— lo que no debemos hacer —insistió aquél, procediendo a obsequiarnos una pequeña piedra con figura caprichosa que él había modelado y que aseguró nos llenaría de buena ener-

gía—. Llamó, desde luego, poderosamente nuestra atención. No pidió nada. No quería nada. Sólo conversar. Compartir.

La estancia en la “Sierra Juárez” pudo ser más agradable y aleccionadora. Dieter y Andrea la disfrutaron mucho y llegaste —generoso amigo— a comparar a aquélla con bosques alemanes, “si bien éstos un poco mejor señalizados”.

La Universidad de Ixtlán, una de las más de diez joyas regionales oaxaqueñas cuidadosa y hábilmente cultivadas por su excelentísimo rector, Modesto Seara, había abrigado la noche previa nuestro cansancio, una vez dejada atrás la imposible capital del Estado, entonces presa de la sinrazón radical de la política por otros medios, lo que impidió el regreso a Monte Albán. Pero, ya por la mañana, el bosque nos renovó completos. Allí, junto a una taza de chocolate, en aquel comedor de madera abierto a ideas frescas, fue obligado referirse a las auténticas tradiciones comunitarias, las de los pueblos indígenas mejor organizados del país, capaces de condicionar a cualquier gobernador y a todo gobierno para negociar, siempre negociar, en tanto Unión Liberal de Ayuntamientos de la “Sierra Juárez”, su entrada y salida a la modernidad en defensa de una forma de comunitarismo o más bien comunismo —dirían los intelectuales serranos— sustentable. No pudo faltar a la mesa el tema de las elecciones por usos y costumbres, sobre las cuales, Dieter, recuerdo que afirmaste que en tanto institución propia de los pueblos resulta expresión de su contexto, de modo que allí el contexto hace la diferencia en sentido inverso, es decir, respecto a la institucionalidad democrática liberal, con la que, sin embargo de lo antes dicho, interactúa a través de los sistemas electorales constitucionales. (Y, en verdad, prefiero no seguir ahora esa relaboración recuperada en este espacio, que en todo caso nos debe Nohlen). Cambio.

Es mejor seguir con Capulalpam y Guelatao, comunidades natales de dos gigantes bajitos: Miguel Méndez y Benito Juárez (y no lejos de allí, el pueblo en vilo del otro profesor de don Benito, Teococuilco de Marcos Pérez) —la llamada “trilogía serrana” que acuñaría con pensamiento y acción incluso el México del siglo XX— en donde fue posible caminar entre historia, política y derecho, abrazados por el pasado y el presente de palacios municipales, iglesias, escuelas, talleres, montañas y lagos, cuestionados a cada paso por el futuro de un año 2006 cuyo laberinto no ofrecía salida fácil.

Los países —acotaría Nohlen— suelen ser víctimas de su propia historia, pero ustedes los mexicanos harían bien en no fustigarse tanto y tan a

menudo porque en verdad no han sufrido tanto y pasado por tan graves momentos como otros pueblos. En buena medida, están experimentando ahora los beneficios de la libertad y los dilemas de la democracia que han construido y están en vías de consolidar.

El viaje siguió por el Istmo de Tehuantepec pasando por los vestidos de tehuana de mi madre —otra amiga— Carmen Ortiz hasta llegar a Huatulco para perderse en el aislamiento de un paraíso terrenal.

Luego de semejante odisea, Dieter reaparecería, como el Ave Fénix, en la Universidad del Mar, en las afueras de Huatulco, para conversar, siempre conversar con profesores y alumnos en torno al análisis institucional y las variables del contexto; para llevar, humildemente bajo el brazo, su *Diccionario de ciencia política*, de 2005, en dos tomos, a la vista de quien se interesara; para comprobar que, aun en el rincón más alejado del país, como quería Karl Popper y hoy replantea Boaventura de Souza, el conocimiento científico y el sentido común se entrelazan a cada momento.

Fue allí, en Huatulco, a orillas del mar, en un restaurante que más bien parecía un desierto, en que Dieter y Andrea me provocaron un ajuste de cuentas con mi propia historia, lo cual hasta ahora aprecio. No diré más al respecto. Quede constancia, tan sólo, de que aprendí mucho más que ellos dos de ese inolvidable viaje, simplemente conversando, y que les debo una visita a Heidelberg.

Dieter volvió a Oaxaca por tercera ocasión, esta vez en 2007. Para entonces, cuando te encontré en el seminario “Cómo hacer que funcione el sistema presidencial”, en febrero de ese año en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, junto con Daniel Zovatto y otros colegas muy respetados y queridos, entre ellos, Jorge Carpizo y Diego Valadés, estaba claro que de “la trilogía” había que concentrarse en la reforma al sistema de gobierno, que hasta ahora no hemos podido consumir, lo mismo que el tema del sistema de partidos, sobre el cual te he escuchado sostener que la configuración mexicana es de las más difíciles de gobernar. Y en eso estamos.

Pero el regreso tuvo lugar en noviembre, de la mano de tu hija mayor. La conferencia, enmarcada en el porfiriano Teatro “Macedonio Alcalá”, habría de alimentar nuestra comprensión sobre la evolución institucional de América Latina y México, así como los riesgos del caudillismo, esa antigua patología latina, para la consolidación de la democracia. De nuevo Monte Albán, que, en verdad, no obstante su edad, es siempre nuevo, lo mismo que las visitas a espacios selectos de la ciudad que, pese a todo, siempre se

renueva. Mi única queja, amigo Dieter, es que nos sigues debiendo la prueba de los “grillos”, es decir, para evitar confusiones, de los saltamontes, que algún día habrás de superar.

Mientras tanto, el *Tratado de derecho electoral comparado de América Latina*, que Nohlen coordinó con otros distinguidos académicos, vio al fin la luz en su segunda edición, corregida y aumentada, en 2008, y fue acogido por especialistas y estudiosos de la materia con singular interés. Ha servido de libro de texto para diversos cursos en varias escuelas del país. Pero Nohlen no se detiene: si se le pierde de vista unos cuantos meses, habrá que destinar más tiempo a leer sus nuevas contribuciones, como *El institucionalismo contextualizado*; *Sistemas electorales en su contexto* o *Derecho y política en su contexto*, publicados en México en los últimos tres años.

Extrañé(amos) mucho a Nohlen en 2008 pues su acostumbrado viaje anual a México no tuvo lugar por diversas razones, aunque su compensación fue nuestro consuelo al saber que al fin pudiste disfrutar, Dieter, un día de tu cumpleaños con tu familia entera. Muy merecido.

No pretendo llevar más allá estas notas. Sólo me permito un par de reflexiones adicionales y ofrezco disculpas por hablar en primera persona.

La huella de Dieter en mi ánimo y formación intelectual es ya indeleble. No es sólo que el institucionalismo contextualizado se avenga muy bien con el estudio y su operación en la realidad política y constitucional latinoamericana y del país; no es que la epistemología que le subyace y los conceptos y métodos con que se despliega y aplica nos mantengan ocupados pensando y haciendo que ocurran cosas en el ámbito institucional y contextual de la vida pública; no es, tampoco, que en cada reforma electoral y su evaluación ulterior veamos las presencias y las ausencias de una pertinente instrumentación de la teoría y sus hallazgos; no es que el contexto haga de más la diferencia al grado que las instituciones no puedan más ante su poder factual, y que sigamos sin conocer a fondo, precisamente, el contexto; no es que veamos “traiciones” institucionales en los diseños que no son suficientemente virtuosos o que comprobemos que funcionan o no lo suficiente en el contexto; no es sólo que cada vez más alumnos compartan la perspectiva y la están estudiando; es que, más allá o más acá de esos problemas y temas, el institucionalismo contextualizado, sin exagerar, refiere a nuestra propia vida. Porque somos institución y contexto, historia genética y memoria cultural, lo que incluye la conciencia del futuro, y, al mismo tiempo, somos cambiantes y finitos, tal y como lo son el conocimiento y las sociedades, las repúblicas y sus instituciones. Por eso, el senti-

do científico de Nohlen, que es sentido común, no puede sino perdurar y mantenerse vigente. Porque la vida misma es un proceso de investigación. Porque no lo sabremos nunca todo sino más bien algo de ciertas cosas. Mientras más maestros, más aprendices. Sólo podremos acercarnos un poco más a las respuestas y soluciones, y ello siempre que hagamos bien los cuestionamientos y preguntas puesto que la dinámica coyuntural y la complejidad de las circunstancias y el tiempo nos tornan limitados. De allí, según sostiene Jürgen Habermas, la importancia de la acción comunicativa, o bien, según lo vio Richard Rorty, el adiós a la filosofía de la conciencia a cambio de un diálogo contextual intersubjetivo. Pensar de otra forma nos aleja de la condición humana y, por supuesto, de la utilidad práctica del conocimiento.

Por eso hay que seguir estudiando, con Dieter Nohlen, el institucionalismo contextualizado, cuyas fortalezas y debilidades conviene enfatizar y ponderar en bien del progreso de la ciencia, el sentido común y la política constitucional democrática. Por ello y mucho más, el profesor emérito de la Universidad de Heildelberg se merece ya la apertura de un Seminario Permanente que multiplique y distribuya ampliamente los panes de su pensamiento fecundo, que enseñe a cómo se hacen y operan teoría y métodos, que no tome en cuenta el tiempo de las instituciones, que luego suelen constreñir esfuerzos de larga maduración, y que de todos modos pasará, de tal suerte que es mejor darse prisa.

Antes de cerrar el texto, debo hacer una última confesión, junto con una disculpa ofrecida desde ahora a José Reynoso, digno pupilo de Nohlen, pues luego de que durante varias semanas pude y no pude pensar en lo que aquí he escrito violando mis promesas de entrega de estas notas, de repente, una noche de octubre, ahora mismo, me descubro redactando a borbotores, ¡en el aeropuerto de la ciudad de México! Aquí, por una extraña energía, donde conocí a Dieter. A donde espero que siga arribando año con año para continuar conversaciones sin final que sólo significan, para bien, nuevos comienzos y más juventud acumulada —a sus setenta años— lo que es sinónimo de experiencia, que tanta falta nos hace.

¡Con mi mejor afecto para ti, Dieter! ¡Gracias por tu amistad, que es decir fraternidad eterna!